

carolina lozano

sgáile

(espectro)

edebé



sgáile
(espectro)

carolina lozano

sgáile
(espectro)

edebé

© Carolina Lozano, 2012
www.carolinalozano.com

© EDEBÉ, 2012
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Diseño de cubierta: Francesc Sala

Primera edición, octubre 2012

ISBN 978-84-683-0719-0
Depósito Legal: B. 22877-2012
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Lo que sabemos es una gota de agua,
lo que ignoramos es el océano.*

Isaac Newton

Dedicado como siempre a mi familia, que siempre está ahí aunque yo esté perdida en mundos imaginarios.

A mis amigos, en especial a S. y J., que son mis almas gemelas. A los nuevos amigos que ya han dejado su huella y muchas risas.

A los muchos compañeros que tantas cosas me han enseñado: de otros mundos, del baile, del arco, de la esgrima y, en general, de la vida.

A quien ya no está y nunca olvidaré, y a los que llegarán con el tiempo.

Y sobre todo a vosotros, lectores, que estáis al otro lado del libro. A los que me escribís siempre, a los que os he visto crecer, a los que venís a las ferias, a los que me habéis hecho regalos impagables, a los que nunca conoceré pero estáis ahí... y yo lo sé. Vosotros sois el mejor regalo. En definitiva, gracias a todos los que, de una forma u otra, estáis en mi vida.

Capítulo 1

Liadan

Hola, Aithne. Necesito hablar. ¿Puedes pasarte por casa cuando salgas de la biblioteca? Te quiero. Brian.

Leo el mensaje de Brian otra vez, preocupada. **L**Aithne me mira, con sus dulces ojos azules atribulados por la angustia. Delante de nosotros Søren y Christie han levantado la vista de sus apuntes con expresión interrogativa. Aprieto los labios, sin saber qué hacer. Me gustaría decirle a Aithne que todo va a ir bien, que todo volverá a ser como antes del accidente y sobre todo que la queremos aquí con nosotros. Porque Brian, tras la muerte de Neil, es incapaz de volver a las Órcadas. De hecho, incluso es posible que no sea capaz ni de quedarse en Escocia y se traslade a Grecia, donde hay un grupo muy potente de arqueología en la Universidad de Atenas. Y si se va, tememos que se lleve a Aithne con él. Para Aithne, Brian siempre ha sido su mundo, su prioridad. Pero nosotros la echaremos de menos. Solo de pensarlo me entran ganas de llorar.

—Ya verás como no pasa nada malo, todo irá bien —le digo en cambio.

—Eso espero. Me voy —susurra Aithne.

Yo miro a Álastair, cuya figura, aparentemente corpórea pese a que nadie más le ve, se erige a nuestro lado. Tiene aspecto pensativo mientras observa a la afanada pero silenciosa Aithne recoger sus cosas. Al final, sus ojos de un verde muy transparente se fijan en mí y se inclina.

—Iré con ella para asegurarme de que está bien.

Normalmente no se molestaría en bajar la voz porque nadie se va a dar cuenta de que está hablando. Aithne, sin embargo, que como yo digo es un receptor de psicofonías humano, no es capaz de ver a las apariciones pero sí las oye. Y Álastair no quiere que se dé cuenta de lo mucho que nos angustia todo esto a los demás. Espera paciente, sin prestar atención a lo que hay alrededor de la misma forma que el mundo de los vivos lo ignora a él. Mientras tanto y desconociendo que no se irá sola, con su habitual delicadeza y sin hacer ruido para no molestar a nadie, Aithne se pone el abrigo.

—Voy a ver a Brian —les explica a Christie y a Søren, porque nos miran sin acabar de entender qué pasa—. Nos vemos luego, ¿vale?

—Nos vemos en casa de Liadan —indica Christie invitándose a mi casa.

Tengo la sensación de que ella, como yo, intuye lo que puede pasar esta tarde.

—¿Quieres que te acompañe, Aithne? —pregunta Søren, caballeroso.

—No es necesario, de verdad —le responde esta—. Pero muchas gracias.

Nos dedica una sonrisa dulce que no oculta su preocupación.

—Hasta luego —le digo asustada.

Y se va medio de puntillas, seguida de Álar. La veo alejarse preguntándome si la próxima vez que vea a la mejor de las amigas, mi rayito de sol, me dirá que se marcha de Edimburgo para no volver en quién sabe cuánto tiempo.

Christie y yo nos miramos, y mi preocupación se refleja también en su rostro.

Tratando de dominar el sentimiento de impotencia, volvemos a los apuntes, porque tenemos encima los exámenes de final de curso. Pero me cuesta concentrarme. Al otro lado de la mesa, veo que Søren le estrecha una mano a Christie mientras ella parpadea con fuerza. Christie tampoco puede estudiar pensando en que quizás Aithne se marcha.

Miro más allá, hacia los amplios espacios de la moderna sala de estudio de la Biblioteca Nacional de Edimburgo. A nuestro alrededor todo son cabezas más o menos jóvenes inclinadas sobre libros, apuntes y libretas. O gente yendo o viniendo sobre la moqueta, en un silencio lleno de tensión y nervios alrededor de estanterías y mesas.

Me fijo entonces en el perfil de un chico con tejanos y suéter *beige* que está frente a la mesa del bibliotecario, porque me resulta familiar. No muy alto y con el cabello de un castaño bastante claro, tiene una espalda ancha y fuerte que estoy casi segura de haber visto antes. Dos veces, concreta-

mente. Y paso a mirarlo con cautela, porque, aunque la primera vez que le vi estaba vivo, huyendo del cementerio Greyfriars mientras Aithne y yo lo hacíamos en otra dirección, la siguiente vez que le vi era una aparición. O sea, que murió. Lo lamento, porque era joven. Y creo que no tiene claro lo que pasó, pues no parece darse cuenta de que el bibliotecario nunca levantará la cabeza para atenderle. Lo observa con actitud expectante, como si esperara una respuesta. Muchos aparecidos son así, ignorantes de su propio estado como el tío ese de *El sexto sentido*. Inestables mentalmente en el mejor de los casos.

Entonces el bibliotecario le mira. Estupefacta, veo desde lejos que el hombre levanta la mirada y habla con el chico, y yo me sorprendo tanto que el bolígrafo se me cae de la mano. Søren y Christie vuelven a poner su atención en mí, y fruncen el ceño a la vez. Aunque no hace ni un año que somos amigos, han llegado a conocerme bien.

—¿Qué has visto? —me susurra Søren, seguro que muriéndose de ganas de sacar su detector de campos electromagnéticos.

Cuando vuelvo a mirar hacia el chico, se está alejando con el bibliotecario de espaldas a mí. Así que está vivo, y viéndolo de espaldas estoy segura de que es el mismo chico al que vi huir del cementerio aquel día. Y juraría que también es el mismo al que vi muerto en el instituto, atravesando una pared. Pero eso no puede ser. No si ahora está vivo de nuevo.

—¿Has visto algo? —insiste Christie cuando no les contesto.

—No..., no —les respondo.

Yo hubiese jurado que era el mismo chico, pero tengo que estar equivocada. Tengo que estarlo porque si lo vi muerto no puede estar vivo otra vez, ¿verdad?

Miro mis apuntes, pero ahora sí que no voy a concentrarme y me doy por vencida.

—Me voy a casa y voy preparando algo de cena —les aviso.

—¿Te ayudamos? —me pregunta Christie.

—No, no te preocupes. Nos vemos luego en mi casa.

Recojo y salgo de la biblioteca. Está oscuro porque está muy nublado. La niebla marina tan típica de esta zona ha invadido la ciudad cubriéndola de brumas y sombras. Ahora este tiempo me relaja, y camino por Edimburgo con calma. Sin mirar a mi alrededor en exceso, y sin levantar la vista donde sé que no debo hacerlo.

Noto un golpecito en la cabeza, y a continuación otro. Ha empezado a llover. A medida que avanzo hacia casa, la lluvia arrecia aunque no lo suficiente para que saque el paraguas. A veces hasta me gusta sentir el contacto de esta lluvia fría del norte, como a Keir. A Keir le encanta caminar bajo la lluvia, y quizás empiezo a entender por qué. A lo mejor Aithne tiene razón y comienza a pesar más mi sangre escocesa...

Al girar en la siguiente esquina, en la calle residencial de Church Hill, veo a unos diez metros a un chico que camina delante de mí. Tiene una buena constitución, aunque no sea muy alto. Y tiene... el pelo castaño claro ligeramente ondulado y un sué-

ter *beige*. Me quedo mirando fijamente esa espalda tan familiar, tan inquietante. Es el chico que estaba en la biblioteca, el que se parece al que salió corriendo del cementerio y después vi muerto en el instituto. Pero este está vivo, me recuerdo; le he visto hablar con el bibliotecario. Aun así, se parece tanto al chico muerto del instituto que me da un escalofrío.

La solución es muy simple, pienso mientras sigo mirando su ancha espalda de remero o nadador, o lo que sea. Si acelero y le adelanto, podré verle el rostro mientras paso por su lado y salir de dudas. Veré que de cara no se parece al chico muerto del instituto y me quedaré tranquila, porque comprobaré que no es el mismo.

Con el corazón algo desbocado por la curiosidad y los nervios, camino más rápido mientras la lluvia fría cae sobre mi pelo, mi rostro y mi abrigo. Me apresuro a llegar a su lado y a medida que le adelanto, le miro de reojo. Tiene un rostro bonito, de facciones armoniosas y alegres, de esas que forman hoyuelos. De las que contagian sonrisas. A la luz sombría del cielo tormentoso, sus ojos parecen claros, pero no azules. Son de un castaño casi ambarrino, avellana creo que lo llaman... Y entonces me pongo blanca.

Porque es el chico que he visto en la biblioteca, y también es el chico muerto del instituto, estoy segura. O al menos uno idéntico a él. ¿Me confundiría cuando creí verle atravesar a una persona y la pared del instituto? No lo entiendo. Mientras lo miro de reojo pasando por su lado, hundida en un mar de confusión, tardo en darme cuenta de que no

se está mojando. Las gotas de lluvia no se deslizan sobre su rostro como se deslizan sobre el mío: lo están atravesando. Lo que significa que no es consistente. Es una aparición.

Todos estos pensamientos cruzan mi mente en apenas unos segundos. Entonces me mira. Los ojos claros se clavan en los míos. Y yo me doy cuenta de que estoy mirando a un muerto del que apenas me separan unos centímetros.

Instintivamente, con el corazón dolorido de latir tan fuerte, vuelvo a mirar al frente como si nada y me obligo a seguir andando con calma. Lo importante es hacerles creer que no los has visto. Que no sabes que están ahí, porque a veces, cuando lo descubren, se enfadan o quieren atacarte o cosas así. Camino cada vez más rápido, pero sin correr. Temo sentir en cualquier momento el tirón que me impida seguir huyendo, o verle aparecer delante de mí con dos borrones oscuros cubriendo su rostro. Aunque solo siento la lluvia. Cuando llego a casa me encierro en mi apartamento aun sabiendo que, si quisiera seguirme, podría llegar hasta aquí.

Pero nada me ha perseguido. Bobby está bajándose del sofá en que estaba acurrucado para venir a recibirme contento. Es un perro muerto, pero sigue siendo un perro que se pone alerta si algo nos amenaza a Álastair o a mí. Así que no hay peligro. Respiro hondo para tranquilizarme antes de que vengan los demás. No puedo explicarles lo que ha sucedido, porque se pondrán histéricos y tenemos exámenes y la crisis de Brian. Además, si ni siquiera yo entiendo lo que ha pasado, ¿qué les voy a explicar? ¿Que me cruzo a menudo con un tipo que

a veces está vivo y otras veces muerto? Es de locos incluso para mí.

Sí, seguro que el muerto es otro, quizás un hermano gemelo. Porque estaba vivo..., hace un rato el chico estaba vivo.

Capítulo 2

Jonathan

«**H**oy hace una noche agradable. Fresca pero no lo suficientemente fría como para que los vivos se queden encerrados en casa», pienso mientras enciendo un cigarrillo. Todavía estamos... a finales de agosto, creo que me dijo Álastair. Ahí delante en las Meadows hay un par de hombres golpeando pelotas con palos de golf. En mi época solo los ricos cursis se dedicaban a esas ñoñerías. El resto usábamos las manos para trabajar duro y moríamos lejos de casa. En la guerra. Pero los tiempos cambian y cuando no hay que luchar por la supervivencia, cuando no hay represión y escasez, la gente puede dedicarse a las ñoñerías. Y ya no me parece mal, porque me entretengo mirándolos hasta que alguien viene a verme.

Me apoyo contra el muro recordándome que cada vez falta menos para que los vivos vuelvan a visitarme. Como tienen varios meses de vacaciones (en mis tiempos eso nos habría hecho reírnos a carcajadas), están esparcidos por el mundo. Fijate, los estoy echando de menos; incluso al danés, a Søren.

Hay algo que no me convence de él, pero cuida bien de mi gente. Y se detiene a veces a hablarme porque, aunque ni me ve ni me oye, sabe que estoy aquí y que le escucho.

Los vivos están lejos pero, oye, ¿qué es un mes o dos comparados con el tiempo que llevo aquí solo, viendo a Álastair y a Caitlin únicamente una vez al año? A Álastair lo veo ahora casi cada noche, desde que Liadan lo liberó de los límites que lo anclaban al lugar donde lo mataron. Y esta noche vendrá de nuevo, casi seguro. Así que mientras le espero fumo, y observo a aquellos dos piltrafillas jugar al golf. Poco después, un grupo de muchachas cruza las Meadows para dirigirse a algún *pub*, supongo. Madre del amor hermoso, van más desnudas que vestidas. Eso en mis tiempos no se veía. Sí, es una buena noche. Y soy un tipo afortunado.

Veo a otro chico joven cruzar el parque. Ninguno de mis vivos, pero de su edad seguramente. De aspecto sano y fuerte, de esos que dan rabia. Pasea algo más allá, tranquilo, con toda la vida por delante el muy... «Espero que no se caiga y se rompa un pie y se le gangrene», pienso mientras doy otra calada. Me yergo, separándome del muro bajo donde suelo apoyarme, cuando veo que el chico titila. Como si fuese una linterna que falla. Y después se vuelve más transparente, como si se difuminara.

—Será posible... —murmuro.

Es una aparición. Como Caitlin, como Álastair, como Annie, o como yo. Solo que nunca le había visto antes, ni tampoco había visto nunca que nadie pasara de ser opaco a ser translúcido, como nos llama Liadan para diferenciarnos, así de repente.

Entrecierro los ojos. Lo siento por el chico, que haya muerto y eso, pero ya se puede ir largando de aquí. Este es mi parque. Mío. Así que puede seguir desfilando.

Le sigo con la mirada mientras se aleja por las Meadows hasta que de repente vuelve a titilar y desaparece. Así sin más. «Puf», ya no está. Como si se hubiera extinguido. Quizás se ha extinguido de verdad y ha desaparecido para siempre. A algunos nos pasa.

Doy otra calada sintiendo un escalofrío, pensando en esa segunda muerte que puede llegarnos a todos. No sé por qué estaría aquí ese chico y por qué ya no está, aunque tampoco me importa mucho. Únicamente me importa que yo siga aquí, y que nadie venga a ocupar mi parque.

Mientras sigo observando el espacio vacío que ocupaba el tío raro ese, medito en si tengo que decirselo a los demás. A Liadan y a Álastair al menos. Pero decido no hacerlo. ¿Para qué? Al fin y al cabo ha desaparecido y no va a volver para molestarnos.